

dramaturgos, á sus pintores, á sus escultores y demás celebridades conspícuas, sólo una figura se destaca en aquel emporio, digna del excelso nombre de sacerdote de la palabra, Demóstenes el incomparable! Roma, la señora del mundo antiguo, no puede vanagloriarse más que de Cicerón el sublime; Francia, con todo y ser el cerebro del mundo moderno, sólo nos da estos medio-perfiles: en la tribuna parlamentaria, bajo la Asamblea Constituyente, Mirabeau, y Dantón, bajo la Convención; Napoleón en los campos de batalla, bajo el Consulado y el Imperio, y Bossuet en la Cátedra del Espíritu Santo; y la poderosa Albión, allá en los horizontes de la oprimida Irlanda, al tribuno del pueblo, á O'Connell el irresistible, pasmosa espontaneidad de la naturaleza virgen lanzado á la lucha por el vigor del genio para quien las pasiones constituyen el más provechoso estímulo. ¡Qué dinastía tan poderosa, tan descomunal; pero tan prodigiosamente estéril la del Orador...! ¡Dos soberanos únicos se dividen el vasallaje de la antigüedad! Y en la Edad Media, y en la época contemporánea, precursores de una idea, caudillos de una causa, legionarios de un progreso, abanderados de una civilización concretada á un solo ramo de los conocimientos humanos, son los que se nos presentan aquí y acullá, en los anchurosos dominios de la Historia. ¿Pero en dónde está el sucesor legítimo del ilustre asesinado en Formies? Ah! envano le buscaréis, porque en esa jerarquía soberbia las medianías no reinan jamás; son como los hermanos desventurados del Sultán de Turquía, mueren, como príncipes de la sangre real, entre el estruendo de las ovaciones al Gran Señor, para asegurarle la estabilidad de su imperio y la omnipotencia de su poder autocrático, ya que de todas las dictaduras, la única incuestionable es la del verdadero genio!

### III.

**A**QUI también en nuestra patria, y en este hermoso Estado, tan culto y tan floreciente, abundan las celebridades: los literatos, los eruditos, los hombres de ciencia; prosadores elegantes y atildados; poetas, algunos de rápidos y altísimos vuelos; togados del periodismo de "ese foro universal y cotidiano de las pasiones populares" como le llama un gran publicista contemporáneo; artistas, en fin, de la palabra, de tan dulce voz como armonioso acento, aunando la sinfonía del periodo con la verbosidad luminosa del pensamiento; pero oradores, eso no. "El dios interior, ese dios de la Pitonisa que oprime y agita," no le han sentido en sus espíritus más que uno que otro: los elegidos, los predestinados, los favorecidos por la voluntad providencial. Para ello es preciso poseer la firmeza de las convicciones, la magnanimidad de la acción, el poder eléctrico de la frase, la in-

corruptibilidad del talento y el heroísmo de la palabra. Tener la seducción irresistible del estilo hablado, dando á cada elemento ideológico-fonético el perfil apolono de una pieza de escultura clásica, siendo su autor á la vez el Fidias de la palabra y el Hércules de la Filosofía. Armarse de valor y entrar vigorosos á la lucha. Y en tan difíciles torneos, ¡cuán pocos han tenido alientos para arrastrar con soltura y gallardía la clámide color de púrpura! Porque como ha dicho muy bien un crítico eminente: "hay dos hombres muy distintos en cada orador: el hombre de fondo y el hombre de forma, el hombre del principio y el hombre del discurso." En otros términos: ciencia de la palabra y ejercicio correcto de la misma: substancia y cualidad, que sumadas con arte dan esta unidad sobresaliente: elocuencia. Ella ha tenido entre nosotros, durante esta última centuria, soldados decididos, que en sus órdenes diversos, se han entregado con ahinco á la práctica de tan noble ejercicio, y merecido algunos el honroso ascenso á Jefes de su legión: la elocuencia didáctica, nos presenta á un Juan Cayetano Portugal, á un José María Nieto, á un Mariano Guerra, á un Agustín de la Rosa y á un Ramón López, en Filosofía; á un Pedro Espinosa, á un Juan Nepomuceno Camacho, á un Pedro Cobieya, á un Germán Villalvazo, á un José María Portugal y á un Florencio Parga, en Teología; á un Juan Nepomuceno Cumplido, á un Agustín Rivera, á un Miguel I. Izquierdo, á un Miguel Baz y á un Felipe de la Rosa, en Derecho y sagrados Cánones; á un Crispiniano del Castillo, á un Plutarco Garcíadiego, á un José de Jesús Camarena, á un Andrés A. Terán, á un Jesús López-Portillo, á un Hilarion Romero Gil y á un Francisco J. Zavala, en Jurisprudencia; á un Pablo Gutiérrez, á un Leonardo Oliva, á un Martín Polanco, á un Carlos Uribe, á un Salvador Garcíadiego, á un Fortunato Arce y á un José María Benítez, en Medicina. La elocuencia parlamentaria, tiene sus representantes en los J. Ramón Pacheco, en los Juan de Dios Cañedo, en los Juan José Romero, en los Mariano Otero, en los Ignacio Silva y en los Emeterio Robles Gil; la del Consejo de Estado, se enorgullece de los Valentín Gómez Farías, de los Juan José Caserta, de los José Luis Verdía, de los Jesús Camarena, de los Celso Cevallos y de los Mariano Coronado; y la oficial se escuda bajo estos nombres dignos de imperecedera recordación: ¡Prisciliano Sánchez, Joaquín Angulo, Ignacio Herrera y Cairo é Ignacio Luis Vallarta! La elocuencia del Foro se halla regentada, por los José María Verea, Juan Zelayeta, Esteban Alatorre, Joaquín Castañeda, Francisco O'Reilly, Heraclio Garcíadiego y David Gutiérrez Allende: la de la prensa, por un Clemente Sanromán, un Ignacio Pío Villanueva, un Manuel Mancilla, un Rafael Arroyo de Anda, un José María Vigil, un Luis Gutiérrez Otero, un Antonio Zaragoza y un José López-Portillo y Rojas; y la del púlpito... Ah! en esa tribuna sagrada tan diversa de sus congéneres por la marcada antinomia de su carácter, la sublimidad de su misión y las diferencias características de lugar, persona del orador y auditorio, vemos

surgir majestuosas, imponentes y mirando de hito en hito el sol de la Verdad Increada, á un Francisco Espinosa, de quien el sapientísimo Doctor Rivera emite este juicio crítico: "de los muchos buenos oradores sagrados que oí en Guadalajara, México y Roma, Don Francisco Espinosa fué el único que reunía todas las dotes de un orador sagrado: fama de sacerdote ilustrado y muy virtuoso, cuerpo gallardo, continente majestuoso y edificante, discurso con todas las reglas, voz sonora y tierna, elocuencia clara, acción muy viva sin degenerar en teatral, sentimientos vehementes y unción hasta las lágrimas del orador y del auditorio," á un José María Sánchez y á un ATENOGENES SILVA!

#### IV.

**QUE**... en la alborada de nuestra juventud... La vida de un varón esclarecido se había extinguido entre las sombras del sepulcro; el mundo católico gemía con amargura suprema por la muerte de Pío IX *el grande*, y la juventud seminarista de aquellos días, perdurablemente grabados en nuestra memoria, seguíamos con interés creciente los episodios tristísimos de tan melancólica conmoción. La Iglesia, las corporaciones científicas, las asociaciones piadosas, los gremios católicos y la sociedad toda en su inmensa mayoría, organizaban en los templos de esta ciudad servicios fúnebres y exequias, más ó menos solemnes y fastuosas, en honor y debido homenaje de aquel benemérito campeón de la civilización cristiana. Los panegíricos se sucedían á las oraciones y las oraciones á las elegías impregnadas de conmovedor sentimentalismo. Un día, la "Sociedad Católica de Señoras" preparó su manifestación respectiva en la aristocrática iglesia de San Francisco, y encomendó la *oración fúnebre* al joven Presbítero Don Atenógenes Silva, á la sazón catedrático de primer curso de Latín en el Seminario. Allí, en esa solemnidad, le vimos aparecer Orador, desplegando, al principio con temor, pero poco á poco con destreza y al fin con majestad y gallardía, las potentes alas de su genio. Era polluelo que por primera vez se lanzaba al eter luminoso de la elocuencia, pero como lo era de águila caudal, ni un instante se deslumbró su serena pupila con la intensa luz de la Verdad Eterna, ni abatió su rápido vuelo la imponente solemnidad de aquel acontecimiento grandioso. Se cernió en las nubes de la idea, sobre las tempestades de pensamiento y voliciones de su estático auditorio, y desde aquel momento supremo se apoderó de la cátedra sagrada y eclipsó en ella, "como la aurora naciente todas las pálidas estrellas que durante la noche se habían creído soles!"

#### V.

**VEINTE** años ha paseado después la pujanza de su palabra por los púlpitos de la Metrópoli, de esta capital y de las poblaciones de su Diócesis, ostentando "bajo la majestad de la expresión la infabilidad del buen sentido" y prodigando siempre con asombrosa fecundidad los refinamientos del artista genial, que posee en grado sumo las elocuencias de la voz, del gesto, de las actitudes y del plástico conjunto de la figura, atractiva, cuando los dones de la naturaleza la exaltan, bella, cuando las eternas seducciones del espíritu la engrandecen, y sublime é incomparable, cuando la gallardía harmónica de la materia y el genio la colocan en el pináculo de las maravillas de la creación, representando no sólo la realización divina del más hermoso ensueño de la mente inspirada del hombre, sino también el arquetipo eterno, don de la forma y síntesis admirable y simbólica de la esencia divina en su belleza infinita é inenarrable.

Y sabéis por qué, más que ninguna otra, tiene prestigio su palabra? Porque su personalidad es inmaculada y virginal; no la han desflorado las agitaciones del alma; no la han ajado las turbulencias de los sentidos; no la han gastado los goces del espíritu; conserva en flor las ilusiones de esa juventud perenne de la vida, la primavera de la virtud. Jamás ha conocido el egoísmo de la gloria, la condicia de la vanidad, ni el miedo de las opiniones humanas; es ante todo ingenuo, y la pasión verdadera de su conmovido acento lo dice todo. Su misma convicción, es la que nos subyuga y el ardor de su alma la que atrae y conmueve, apareciendo tanto más elocuente, cuanto que no emplea esfuerzo alguno para conseguirlo. Su voz sabe adoptar todas las formas de expresión imaginables: el color de la pintura, el ritmo melodioso de la música, el atrevido vuelo de la inspiración potente, el centelleo del antítesis, la flexible oportunidad de la perífrasis, la delicadeza del eufemismo, el dulce halago de la verdad que convence y la destreza de un arma de combatiente que obliga á rendirle palmas y loores. Su estilo es brillante, á la vez que nervioso y viril; sóbrio y enérgico; suave en el magisterio, é impetuoso en la defensa del ideal cristiano, nutre su lenguaje de fulgurantes hipérboles y de profundas é irrevocables sentencias, ya para ensalzar los dones y divinos atributos del Creador del Universo, ya para fundar la santidad incorruptible de la doctrina católica, ora desencañando el terrible anatema en contra de los impíos rebeldes, ora impenetrando la gracia divina en favor de los sinceros adeptos de la Religión del Crucificado. Maneja con pericia todos los resortes de la Dialéctica y los enlaza, por decirlo así, con los que son peculiares de la Retórica, apareciendo conciso sin obscuridad, lógico sin aridez, patético sin hueco sentimentalismo, técnico sin hinchazón, y siempre pulcro, atildado, castizo,

mostrando la frescura de su brillante imaginación al matizar con rasgos de ingenio la sonoridad de los periodos y la cadencia musical de las terminaciones. Y su robusta elocuencia, no absorbe ni oscurece en lo más mínimo el fondo científico de la oración con las galas irresistibles de su forma oratoria sobremana espiritual y salpicada de todo género de bellezas. Se diría que en un mar de rizadas ondas conduce, hábil piloto, la nave feliz de su argumentación ilustrada al puerto seguro del éxito preconcebido. Y confiado y majestuoso, lanza su espíritu á las inmensidades del eter azul de la Divina Gracia; baña allí su serena pupila, y luego abate el vuelo y solícito se cierne en las regiones de la ciencia humana. La ciencia y el arte son gemelos cariñosos que marchan identificados é igualmente victoriosos en las concepciones sublimes de su claro entendimiento. Y esto autoriza más el predominio de su palabra y explica el deleite que produce en el ánimo de sus oyentes; admirando los pensadores, la profundidad de sus conceptos y la extensión prolífica de sus saberes; aplaudiendo los artistas, la soltura y gallardía de la frase, el calor de las imágenes, la tersura del periodo y la sublimidad del conjunto, y aprobando todos, con frenético entusiasmo, la pureza de la doctrina, la congruencia del propósito, la magnificencia del ideal, la hermosura de los medios, la bondad del fin y la unión beatífica del eminente predicador.

## VI.

**E**L Ilmo. Señor Silva "no pertenece á esa falange inquieta de fogosos polemistas que constituyen en esta época decadentista la policía de la Iglesia docente, y que, juzgándose intérpretes únicos de la voluntad divina, vilipendian á cuantos desconocen su autoridad en materias de fé, de costumbres ó de disciplina," que diría el distinguido crítico Don Armando Palacio Valdés; no, el docto Obispo de Colima posee el raro don de la elocuencia, porque es un verdadero orador sagrado; conoce su misión, y maestro ejercitadísimo en el arte difícil de instruir, convencer y persuadir, sólo deja que campeen en su oratoria, la fé, como inspiración, la ciencia, como apoyo, fundamento ó demostración última de sus conceptos, y el arte, como obligado vehículo del verbo intangible de la mente. Por eso le contemplaréis siempre en el púlpito como una visión beatífica; lejos del tiempo y del espacio la fúlgida brillantez de sus pupilas, perdidas con afán irresistible en buscar por los confines del espacio, el foco eterno de la Belleza Increada; la diestra en alto, como recibiendo inmediatamente de su cerebro luminoso el rayo diamantino allí forjado por la ciencia y que la lógica irresistible de sus ideas va á encadenar á la frase con el nervio del colorido y el hilo magnético de sus elevados sentimientos, para lan-

zarlo, no á guisa de impetuoso desafío de sectario, á quien arrastran las genialidades del carácter ó los mal disimulados enojos de una ira ciega y bastarda, que valdría tanto como perjudicar los intereses más caros de la Religión y desvirtuar con absurdas añagazas la grandeza y dulcísima mansedumbre de las doctrinas evangélicas, sino como vivificador destello de luz que así lleva la paz á las conciencias como la alegría y el amor fecundo del bien á los corazones. Cuando el Ilmo. Señor Silva se engolfa en las graves y trascendentales cuestiones del dogma, y apoyado en la Hermenéutica extirpa y desarraiga los errores perniciosos de la filosofía moderna, ligados con solidaridad artificiosa á los grandes problemas de nuestra edad, le oiréis, ciertamente, tronar contra el Filosofismo y los corifeos de tan funestas doctrinas; pero sus arrebatos son legítimos y encausados en la suave pendiente de su razón ilustrada; su elocuencia será entonces amarga como la de Juvenal, y si queréis, hasta terrible como la de Arquíloco; ascenderá hasta la sublimidad como la del Primer Padre de la Iglesia Latina en su gloriosa lucha contra los donatistas, los maniqueos y los pelagianos; aparecerá enérgico, celoso é incisivo como el Santo Obispo de Milán, combatiendo á los arrianos en el Concilio de Aquilea; llegará hasta la austeridad, grandiosa, firme é incorruptible del humilde eremita de Estridonia; tendrá el brillo y la fuerza incontrastable del gran Arzobispo de Sevilla, San Isidoro, en la célebre conversión de los visigodos; buscará como el segundo San Agustín, el célebre Arzobispo de Cantorbery, en la filosofía, todo el apoyo de la Religión; desplegará una energía imponente, rayana en la vehemencia patética, semejante é igual talvez, á la del censor y reformador de la Iglesia de Francia, el poderoso tribuno é ilustre abad de Clarabal, condenando los errores del realismo, del nominalismo y del conceptualismo de las escuelas en la Edad Media; enlazará, como el eminente Bourdaloue el fervor con la piedad, y la pompa del lenguaje con el predominio de la razón, ó talvez como el asombroso genio de Raimundo Lulio, pedirá á las lenguas extrañas, su filosofía, su arte, su riqueza, su nervio y su energía para vencer á los enemigos de la Religión Católica, en esa cruzada espiritual y grandiosa de que él es en nuestra patria autor y caudillo; pero nunca oiréis á su labio prohijar la sangrienta diatriba, ni el intencionado sarcasmo; de su lenguaje está proscripta la sátira que hiere, y jamás emplea la ironía que lastima; nunca, ni en medio de la vehemencia de su peroración agitada, derrama una gota de hiel; su escuela, hasta en este punto, es de amor hacia Dios, de santa ternura y de caridad y paz evangélica para con el prójimo, como que no desaparece jamás de su imaginación exaltada, ni aún en las tempestades de la improvisación, la sublime figura del Redentor del Mundo, dejando caer en la conciencia finita de sus hijos, semejante á rocío del cielo, este precepto generoso y divino: "amaos los unos á los otros."

Así es su robusta y serena elocuencia dogmática.